

TENSIÓN INTELECTUAL ENTRE ALFONSO REYES Y JOSÉ ORTEGA Y GASSET (1914-1955)

Sebastián Pineda Buitrago

BREVE INTRODUCCIÓN

A partir de las cartas cruzadas entre José Ortega y Gasset (1883-1955) y Alfonso Reyes (1889-1959), que he editado y publicado en los números 32 y 33 de la *Revista de Estudios Orteguianos* (mayo y noviembre de 2016), me propongo a continuación reconstruir e interpretar la correspondencia entre dos de los intelectuales hispanohablantes más interesantes de la primera mitad del siglo XX.¹ Aclaro que sería irrelevante comentar semejante epistolario si no se conocen de antemano las obras de tales escritores. Los motivos de *unión y ruptura* entre Ortega y Reyes, como veremos, cobran importancia si se señalan en sus respectivas biografías

¹ Véase de Sebastián Pineda Buitrago, “Órbitas en pugna: José Ortega y Gasset-Alfonso Reyes. Epistolario (1915-1955). Primera parte”, *Revista de Estudios Orteguianos*, núm. 32 (mayo, 2016) pp. 55-88; Pineda Buitrago, “Órbitas en pugna: José Ortega y Gasset-Alfonso Reyes. Epistolario (1915-1955). Segunda parte”, *Revista de Estudios Orteguianos*, núm. 32 (noviembre, 2016), pp. 27-90. Nuevamente agradezco a Alicia Reyes, directora de la Capilla Alfonsina en la Ciudad de México, la generosidad por facilitarme las cartas de Reyes; de igual modo agradezco a Javier Zamora, director de la Fundación Ortega-Marañón en Madrid, por facilitarme las cartas de Ortega.

intelectuales. Más que voceros de su tiempo, ambos están presos en él. Si no se abre —indaga— el contexto, muy poco nos dirán sus textos.²

DOS LIBERALES ASEDADOS

El diálogo entre Ortega y Reyes se extiende por más de cuarenta años y responde momentos distintos. Toca temas tan disímiles como la Revolución mexicana, las utopías políticas, las crisis del liberalismo, la inmigración española, la vida literaria de Buenos Aires, la Segunda República y la Guerra Civil, además de la poesía de Stéphan Mallarmé, la recepción de Goethe y la teoría literaria. Abarcar todos estos temas me resulta imposible en este artículo. Relacionar el pensamiento *orteguiano* y *alfonsino* merece un libro aparte.

La primera afinidad en común entre Ortega y Reyes es la predilección por el ensayo. Ambos son referentes del género y le acuñaron un sello inconfundible. Apuntaron a la

² Aproximadamente desde 1969 seis investigadores han comentado la relación entre Reyes y Ortega. Por ejemplo, Raúl H. Mora Lomelí anexó varias cartas de la correspondencia entre Reyes y Ortega, pero no contextualizó ni hizo un trabajo comparativo, véase su tesis doctoral inédita *Présence et activité littéraire de Alfonso Reyes à Madrid (1914-1924)*, Faculté des Lettres et Sciences Humaines de l'Université de Paris, 1969, pp. 278-283. Véase también de Barbara Bockus Aponte, "A Dialogue Between Alfonso Reyes and José Ortega y Gasset", *Hispania*, vol. 49, núm. 1 (marzo de 1966), pp. 36-43, posteriormente incluido en su libro *Alfonso Reyes and Spain. His Dialogue with Unamuno, Valle-Inclán, Ortega y Gasset, Jiménez, and Gómez de la Serna*, Austin & Londres, University of Texas Press, 1972. Véase también de Carlos García, "Reyes y Ortega: nuevas huellas de un largo malentendido", *Revista de la Universidad de México*, núm. 595 (agosto 2000), pp. 72-74. Consúltese también de Antonio Lago, "Ortega y Alfonso Reyes (una relación intelectual con América al fondo)", *Revista de Occidente*, núm. 264 (2003), pp. 5-16. Por último, revítese de Francy L. Moreno H., "Entre hispanofilia y afinidades latinoamericanas: José Ortega y Gasset y Alfonso Reyes en la revista *Mito*", *Estudios de Literatura Colombiana*, núm. 36 (enero-junio 2015), pp. 123-144.

síntesis y no se enredaron con la grandilocuencia y la frase larga. Ambos supieron imaginar a su lector y éste percibe cómo, de entre las líneas de sus libros, sale una mano ectoplasmática que quiere acariciarlo “—o bien, muy cortésmente, darle un puñetazo”.³ Si el estilo de Reyes puede ser más diplomático y conciliatorio, *persuasivo*, el de Ortega puede sonar más firme y brusco, *convinciente*. Ambos atraviesan la historia intelectual de la primera mitad del siglo XX con luz propia, como soles a cuyo alrededor orbitan seguidores y opositores.

Diversos hasta parecer caóticos, ambos ensayistas contribuyen con diferente caudal a la filosofía, la sociología, la política, la antropología y sobre todo la crítica literaria, de la que se desprenden todo tipo de temáticas. Ciertas constantes sugieren la posibilidad de estructurar un diálogo intertextual entre ambos con base en dos sucesos históricos, mejor dicho, en torno a dos preguntas sociopolíticas: 1) ¿cómo asimilaron la irrupción de la masa al poder y a la cultura, el *socialismo*, o en términos concretos, la Revolución mexicana y la Segunda República española con la posterior Guerra Civil que le sucedió? Y 2) dado que la *neutralidad* no existe, ¿qué tributo pagaron o en qué medida sirvieron a la política dominante del Estado-nación?

Se conocieron a finales de 1914 en Madrid, donde el mexicano se había exiliado a causa de la Revolución mexicana y en medio de la Primera Guerra Mundial. Se *desconocieron* a mediados de 1947 por motivos políticos. Ortega rompió con Reyes, probablemente, por la política cultural que éste lideró en México al asumir la defensa de la vencida República española, de la que Ortega ya se había deslindado en 1936. En 1939, a través del visto bueno del presidente Lázaro Cárdenas, Reyes dio asilo a varios intelectuales afectados o ex-

³ José Ortega y Gasset, *La rebelión de las masas*, Barcelona, Círculo de Lectores, 1968, p. 7.

pulsados por la Guerra Civil, que antes habían sido alumnos o amigos del autor de *La rebelión de las masas* (1929-1938). Por haberse alejado de la Segunda República en 1936, efectivamente, se ha levantado el prejuicio de acusar a Ortega de *fascista*. Ello constituye un error de perspectiva. Implica desconocer que Ortega hablaba, desde muy joven, de dos Españas —la nueva y la vieja— y que además buscaba apartarse de los “reaccionarios” que se caracterizaban, según él, “no por su desamor a la modernidad, sino por la manera de tratar el pasado”.⁴ El papel de Ortega tras la Guerra Civil, en palabras de Jordi Gracia, “no permite situarlo ni en las avenidas ni en los andenes ni tan siquiera en los arrabales de fascismo alguno, por muy insistente que sea su uso de la idea de nación y unidad”.⁵ Por el contrario, en la segunda parte de *La rebelión de las masas*, Ortega atacó de frente la política de Mussolini:

Azora un poco oír que Mussolini pregona con ejemplar petulancia, como un prodigioso descubrimiento hecho ahora en Italia, la fórmula: “Todo por el Estado; nada fuera del Estado; nada contra el Estado”. Bastaría esto para descubrir en el fascismo un típico movimiento de hombre masa.⁶

En julio de 1914 Reyes había tenido que renunciar a la diplomacia —a trabajar para el Estado mexicano— en julio de 1914, luego de que Venustiano Carranza desmoronara por completo el gobierno de Victoriano Huerta, en cuyo cuerpo diplomático en París estaba acreditado como tercer secretario. En agosto de 1914, además, presencié el estallido de la Primera Guerra Mundial. El único terreno neutral que se ofrecía a los ojos de Reyes fue España. Al llegar a Madrid

⁴ José Ortega y Gasset, *Meditaciones del Quijote*, ed. de Julián Marías, Madrid, Cátedra, 1998, p. 82.

⁵ Jordi Gracia, *José Ortega y Gasset*, Madrid, Taurus, 2014, p. 441.

⁶ José Ortega y Gasset, *La rebelión de las masas*, p. 451.

el 2 de octubre de 1914, conforme se fue relacionando con la intelectualidad del momento, Ortega se constituyó en su principal mentor. De este modo, como veremos, la crítica de la Revolución mexicana y el entusiasmo por la Primera Guerra Mundial constituyen el punto de partida del diálogo entre Ortega y Reyes.

De la irrupción de las tropas bravías y a caballo de los revolucionarios (Villa, Carranza y Zapata) a finales del mismo año al Palacio de Chapultepec, Reyes y Ortega se enteraron desde el otro lado del océano. Indignado del terror revolucionario decretado por Carranza (que amenazaba con pena de muerte a los “ex funcionarios” del antiguo régimen), y, sobre todo, indignado por un decreto de expulsión contra la colonia de españoles en México, Ortega dedicó al respecto el editorial del semanario *España* del 19 de febrero de 1915. Lo tituló “Nueva España contra vieja España”. Se puso del lado de los exiliados mexicanos (es decir: de Reyes y del poeta Amado Nervo), y aprovechó para insistir en que España necesitaba crear una nueva política cultural hacia Hispanoamérica:

El general Carranza, jefe del partido constitucionalista mejicano [*sic*], ha echado a nuestro representante diplomático del territorio de Nueva España, como se echa a un perro de una iglesia [...]. Que lo sepan todos. ¡Hasta de la Nueva España quieren ahuyentar la sombra de la Vieja España! [...] Esta bocanada de desprecio que nos llega del golfo mejicano conviene que nos llegue bien adentro para ver si da tensión a nuestras almas, para ver si nos recuerda que es América el mayor deber y el mayor honor que queda en nuestra vida. ¡España, España es el único pueblo europeo que no tiene una política de América! ¿Cómo es esto posible? No queda a nuestra raza otra salida por el camino real de la historia si no es América. La organización de nuestro influjo moral en el Nuevo Mundo es la sola política de altura en que podemos pensar. Se dice que nos odian los americanos, se dice que nos desdeñan. Bien, ¡qué importa! He

ahí una empresa digna de encender los corazones nobles: hacer una España que aniquile ese odio y ese desdén y los convierta en respeto.⁷

Este artículo de Ortega llevó a que Reyes charlara larga y tendidamente con él. Así lo atestiguó el mexicano en una carta a Pedro Henríquez Ureña con fecha del 21 de febrero de 1915: “Esta mañana he tenido una larga charla con Pepe [José] Ortega sobre el incidente México-España, que él ha comentado muy bien en su periódico. Nuestra charla ha sido de trascendencia social y es el comienzo de una alianza”.⁸ La alianza, sin embargo, no cuajó como Reyes lo hubiera deseado. El ensayista mexicano confió en que Ortega manifestara en adelante una mayor preocupación por Hispanoamérica, especialmente por México, y se sintió desilusionado cuando éste prefirió visitar Buenos Aires y a la vuelta dedicar un ensayo a Argentina en su libro *El Espectador II* (1916). Como mexicano, Reyes no pudo ocultar sus celos con respecto a Argentina en una nota de 1917 que tituló “Nostalgias de Ulises” y que más tarde incluyó como parte de sus “Apuntes sobre Ortega y Gasset”, en la cuarta serie de *Simpatías y diferencias* (1923). Reyes sospechó que el entusiasmo del ensayista español por América se iba a desvanecer porque se reducía solamente a Argentina:

Desde luego, su viaje a América se reduce, prácticamente, a la Argentina; y así, su visión de América es más bien gozosa, pero es más bien limitada [...]. Todo viajero que desembarca en Buenos Aires se siente envuelto en un fuego de hospitalidad y agradecimiento. Lo primero que quisiera decir es: “gracias, muchas gracias”; o “muchas Gracias” [...].

⁷ José Ortega y Gasset, “Nueva España contra vieja España”, en *Obras completas X*, Madrid, Alianza-Revista de Occidente, 1969, pp. 282-283.

⁸ Juan Jacobo de Lara, ed., *Pedro Henríquez Ureña y Alfonso Reyes. Epistolario íntimo (1906-1946)*, t. II, Santo Domingo, Universidad Nacional Pedro Henríquez Ureña, 1983, p. 161.

—Vosotros, mexicanos —me decía Leopoldo Lugones, en París—, sois casi como los europeos: tenéis tradiciones, tenéis cuentas históricas que liquidar; podéis *jouer ~ l'autochtone* con vuestros indios, y os retardáis concertando vuestras diferencias de razas y de castas. Sois pueblos vueltos de espalda. Nosotros estamos de cara al porvenir: los Estados Unidos, Australia y la Argentina, los pueblos sin historia, somos los de mañana.

Ya sois los de hoy —le respondo yo ahora—. Vuestra innegable fuerza espiritual, argentinos, sólo es comparable con vuestra prosperidad material. No en vano atraéis los anhelos de todos los hombres libres. Con todo, pensando en mi México turbulento, y sin duda alguna embarazado de porvenir, yo me decía, oyendo a Lugones, que tener historia es tener merecimientos [...]. Pero ¿cómo concertar la moral con el éxito de las naciones, donde reinan —a cuatro patas— los dioses brutales de la fuerza? Pues bien: si a nuestro escritor [a Ortega] ha podido seducirle la América que ríe y que juega, ¿podría seducirle igualmente la América que llora y combate? Ha admirado el músculo en reposo, la belleza estatuaría de la línea que se recrea en su quietud robusta. ¿Admiraría igualmente el músculo que se contrae bajo el agobio de un duelo nacional? ¡Ay, el grito de Eneas se trueca en mis labios: también en América hay lágrimas para las desgracias! A medida que se sube hacia el Norte, la América nuestra va dejando ver sus entrañas. Hay la América que disfruta, en pujante y gustoso regocijo vital, los beneficios de su juventud y su riqueza. Y hay la que resiste el empuje de ambiciones y poderes oscuros, manteniendo con estoicismo, y casi en completa soledad, la afirmación de su derecho a la vida.⁹

Si Ortega había caído seducido por el canto de las sirenas de Buenos Aires, con ello el ensayista mexicano aludía a que Argentina había adormecido sus mejores capacidades intelectuales y morales. Pero los primeros apuntes de Ortega sobre Argentina no son, como lo sugiere Reyes, de admi-

⁹ Alfonso Reyes, "Apuntes sobre Ortega y Gasset", *Simpatías y diferencias, Obras Completas*, t. IV, México, FCE, 1956, pp. 262-263.

ración o apología. En ellos, por el contrario, Ortega criticó bastante los vicios del criollismo porteño y advirtió el peligro de convertirlos en una política de Estado, es decir, *nacionalista*. Tal crítica la extendió a la comunidad de los escritores hispanohablantes, precisamente para condenar los nacionalismos de turno y superar los “pensamientos aldeanos”. Así lo expresó en el prólogo para el segundo tomo de *El Espectador*:

Para un escritor, para un poeta u hombre científico, las separaciones políticas de los Estados son inexistentes cuando bajo ellas fluye, quiérase o no, la identidad lingüística. Un escritor español no debiera, pues, sentirse a más distancia de Buenos Aires que de Madrid [...] una España, de quien es nuestra península sólo una provincia. Más para ello es preciso que los escritores españoles —y por su parte los americanos— se liberen del gesto provinciano, aldeano, que quita toda elegancia a su obra, entumece sus ideas y trivializa su sensibilidad [...]. El habla castellana ha adquirido un volumen mundial; conviene que se haga el ensayo de henchir ese volumen con otra cosa que emociones y pensamientos de aldea”.¹⁰

Reyes suscribió esta idea cosmopolita de Ortega. Pero lamentó que la imagen de México —el país con mayor número de hispanohablantes— se viera reducida en el horizonte orteguiano por el predominio de Argentina. Admitía que ello obedecía a que México, en ese momento, alejaba a las inteligencias del mundo porque en él reinaban “a cuatro patas los dioses brutales de la fuerza”. ¿Quiénes eran esos dioses brutales que andaban a cuatro patas? ¿Acaso se refería a los revolucionarios de origen campesino? Si en un principio simpatizó con Madero (escribió con seudónimo en el periódico *El Anti-reeleccionista* de 1912), los nuevos acontecimientos revolucionarios que acabaron con la vida de su

¹⁰ José Ortega y Gasset, *El Espectador, Obras completas*, t. II, Madrid, Alianza-Revista de Occidente, 1983, p. 131.

padre impidieron a Reyes cualquier muestra de simpatía por Villa, Zapata o Carranza. Las menciones a tales jefes revolucionarios brillan por su ausencia. Pero ya sabemos que el ensayista mexicano era un experto en indirectas y alusiones.

Hombres vestidos de charros con sombreros de alas anchas y pistola al cinto, bigotudos, dirigiendo multitudes al *barranco*; tal es la imagen que sugiere el poema del mismo nombre, “Barranco”, que Reyes escribió a su regreso a México en 1924: “...entramos en la boca del barranco / bo-rrachos de catástrofe”.¹¹ Reyes imaginó a los caudillos de la Revolución Mexicana, que habían terminado por acribillarse entre sí, a bordo de la barca de Caronte:

Rara tripulación, cosecha inesperada,
abajo el ingeniero Minos
ve llegar a su puerta
una cuadrilla de sombreros anchos,
botas fuertes, cinturones de balas,
y el bulto edificante —la pistola—
prendida en el cuadril.¹²

Si la política revolucionaria mexicana exaltó en adelante el populismo campesino, bajo el disfraz del agrarismo y la reforma social, muy poco margen de maniobra vislumbró Ortega en 1915 para aniquilar el odio y el desdén hacia esa España de semejante política. Además, Ortega hubiera necesitado luchar contra fuerzas adversas en la propia España a las que nunca pudo vencer. Intentó desde muy joven deslindarse de los tradicionalistas, a quienes él asociaba con los filólogos, es decir, con aquellos que pretendían reconstruir la historia a través de los textos y la lengua. Se alejó de ellos, pero sin acercarse lo suficiente a los revolucionarios

¹¹ Alfonso Reyes, “Barranco” (1924), en *Constancia poética, Obras completas*, t. X, México, FCE, 1996, p. 109.

¹² *Ibid.*, p. 110.

o socialistas. Es cierto que el 2 de diciembre de 1909, en una conferencia en la Casa del Partido Socialista madrileño, había dicho: “El socialismo es el constructor de la gran paz sobre la tierra”.¹³ Pero también es cierto que hacía la siguiente salvedad: “A vosotros se os ha enseñado que la fórmula central del socialismo es la lucha de clases. [...] vosotros, sois socialistas marxistas; yo, no soy marxista”.¹⁴

Reyes, al igual que Ortega, simpatizó con lo que el socialismo tenía de liberal, pero se apartó del ideal de la lucha de clases o de una dictadura del proletariado. A partir de 1920 se incorporó al nuevo régimen *revolucionario* representado por el presidente Álvaro Obregón, y en 1925 fue nombrado embajador en París por el nuevo presidente Plutarco Elías Calles. Varias veces se vio obligado a desmentir y negar, frente a los medios franceses, la persecución casi estalinista que contra los católicos mexicanos había emprendido el presidente Calles para apoderarse de los bienes de la Iglesia. En otras ocasiones, a pesar de que un ministro de Calles, Luis Morones, introducía cada vez más métodos bolcheviques en el gobierno mexicano, Reyes se vio en la necesidad de restarles importancia a los rumores de la prensa francesa sobre una alianza entre su país y la Unión Soviética.¹⁵

UTOPIA VERSUS ANTI-UTOPIA

Al hacer un balance de la biografía intelectual de Ortega y Reyes, en efecto, las diferencias saltan a la vista. Uno que-

¹³ Citado por Manuel Menéndez Alzamora, *La generación del 14: una aventura intelectual*, Madrid, Siglo XXI Editores, 2006, p. 73. La cita original está en Ortega, “La ciencia y la religión como problemas políticos”, conferencia en la Casa del Partido Socialista madrileño, 2 de diciembre de 1909, *Obras completas*, t. X, Madrid, Alianza, 1983, p. 129.

¹⁴ *Ibidem*.

¹⁵ Véase al respecto la amplia documentación de Paulette Patout, *Afonso Reyes y Francia*, trad. de Isabel Vericat, México, El Colegio de México-Gobierno del Estado de Nuevo León, 2009, pp. 418-438.

da asombrado de la estrecha relación que Reyes tuvo con el Estado mexicano, al punto de que su único periodo de genuina *independencia* parece ser el lustro que pasó en Madrid entre 1914 y 1919. Durante tal lustro publicó sus libros de ensayo más personales, *El suicida* y *Visión de Anáhuac* (ambos en 1917), y alimentó entre 1918 y 1919 la página de Historia y Geografía del periódico *El Sol*, gracias al respaldo de Ortega. En 1920 Reyes abandonó la sala de redacción de los periódicos madrileños y su plaza como filólogo del Centro de Estudios Históricos, para encargarse de la agregaduría de negocios en la embajada de México. Desde 1925 pasó a presidir la embajada de México en Francia hasta 1927; luego la de México en Argentina durante dos ocasiones (1927-1929, 1937-1939), sin olvidar su papel de embajador en Brasil entre 1930 y 1936. Finalmente regresó a México en 1939, donde se desempeñó hasta su muerte —el 27 de diciembre de 1959— como presidente de El Colegio de México.¹⁶

Ortega, por su parte, logró mayor independencia del Estado. Si bien su tío y su hermano eran diputados y su familia influía en la opinión pública a través del poderoso diario *El Imparcial*, dirigido por su padre, el ensayista español se marchó a estudiar filosofía en Alemania y obtuvo por oposición, desde muy joven, una cátedra de metafísica en la Universidad Central de Madrid.¹⁷ Dos tribunas, la académica y la periodística, le granjearon muchos lectores, seguidores y hasta discípulos. Fundó en 1923 la *Revista de Occidente*, una de las más influyentes en el pensamiento de habla española, y la dirigió hasta su muerte en octubre de 1955. Sus libros acaso hayan sido más leídos en Hispanoamérica que los de Reyes. No lo ignoró el mexicano. Si bien nunca dejó de

¹⁶ Véase de Alfonso García Morales, “Alfonso Reyes en España. Salvaciones del exilio, perdiciones de la diplomacia”, en *Viajeros, diplomáticos y exiliados en España (1914-1939)*, ed. de Carmen de Mora y Alfonso García Morales, vol. 1, Bruselas, Peter Lang, 2012, pp. 111-131.

¹⁷ Jordi Gracia, *op. cit.*, p. 29.

admirar y citar a Ortega en muchos de sus trabajos, sutil o indirectamente lo criticó en otros y se apartó de su senda.

Reyes, en el último libro de ensayos que publicó durante su década madrileña, *Calendario* (1924), incluyó un gracioso texto titulado “Tópicos de café”. En él, escenificó dos clases de charlas en alguna terraza de la calle Alcalá. La primera se da entre dos parroquianos aparentemente incultos, inhábiles para darles forma a sus evocaciones o pensamientos: “No se define nada. Precisar, duele.”¹⁸ La segunda es la de un intelectual, no sabemos si filósofo o historiador, que pontifica sobre la fatalidad de España: “¿Qué es lo que sabemos hacer nosotros? Descubrir, en malos barcos de palo, un mundo *cuya existencia está científicamente refutada*. Es decir: sólo sabemos hacer lo absurdo”.¹⁹

Con las cursivas, quisiera señalar que se trata de un parafraseo a una idea de Ortega, quien para entonces era uno de los columnistas de opinión más leídos de España. En el artículo “Una manera de pensar”, publicado el 7 de octubre de 1915 en el semanario *España*, Ortega ya había escrito una frase muy similar: “Los españoles fuimos en lanchas a tierras cuya existencia estaba científicamente refutada.”²⁰ Lo dijo en un artículo sobre la Primera Guerra Mundial, contra el papel neutral o marginal que España desempeñaba para entonces. Pero, ¿por qué le quitaba importancia a la conquista de América por parte de España? ¿Había sido dicha conquista, según Ortega, obra del azar y de la aventura, de la que ya nada quedaba? Alemania, en cambio, había crecido sobre siglos de espléndida cultura sin poder expandirse a otras tierras. Tragedia sin solución, decía Ortega. Por lo tanto, desde

¹⁸ Alfonso Reyes, *Calendario, Obras completas*, t. II, México, FCE, p. 278.

¹⁹ *Ibid.*, p. 279. El subrayado es mío.

²⁰ José Ortega y Gasset, “Una manera de pensar”, *España*, núm. 38, 7/10/1915, p. 4. Disponible en Hemeroteca digital de la Biblioteca Nacional de España: <http://hemerotecadigital.bne.es/>, consultado el 20 de febrero de 2014. El subrayado es mío.

la derrota de Napoleón, Inglaterra era quien regía la política internacional. España no tenía otra opción que la de apoyar a los Aliados. Resignarse a tomar el *saber* de Alemania y el *poder* de Inglaterra.

Lo absurdo, para Reyes, estaba en ese aire de resignación y fatalismo, no en quienes se aventuraban en *lanchas a tierras cuya existencia estaba científicamente refutada*. Sin referirse directamente a Ortega, ya había deslizado una paradoja al respecto en su artículo “El cine literario”, que apareció el 19 de junio de 1920 en el número 268 del semanario *España* (cuando ya lo dirigía Luis Araquistáin). Reyes reseñó el guión cinematográfico de *Donogo-Tonga, ou les miracles de la science* (1920), del escritor francés Jules Romains, en donde un pobre diablo, a punto de suicidarse, se hace ayudante de un geógrafo obsesionado por encontrar, entre cartografías y archivos, un pueblo en la América meridional. Estimulado de nuevo a vivir por la extraña aventura, en lugar de sumergirse en una biblioteca, el pobre diablo se pone a la tarea de crear un pueblo que no existe para sorpresa del mismo geógrafo. Y así acude a una impresionante propaganda para movilizar europeos a un pueblo inexistente, situado en los desiertos del norte de México:

Barcos que se dan a la mar llevando aventureros de todo el mundo para trabajar en la supuesta colonia —que aún no existe— y, en verdad, destinados a fundarla desde sus cimientos. [...] En suma: la historia de un error trocado en verdad —filosofía pragmática pura— mediante la obra misteriosa y humilde de un pobre diablo.²¹

En lo absurdo de descubrir, en malos barcos de palo, un mundo cuya existencia está científicamente refutada, reside la esencia vital del hombre y de una sociedad. Lo que hay

²¹ Alfonso Reyes, “El cine literario”, en *Simpatías y diferencias. Segunda serie, Obras completas*, t. IV, p. 110.

en el hombre de actual, de presente y aun de pasado, nada vale junto a lo que hay en él de promesa, de porvenir. En un neopositivismo o socialismo utópico, pues Reyes afirma la vitalidad social. Naturalmente chocaba con Ortega, quien era pensador anti-utópico, pero igualmente vitalista. Ortega quiso superar el positivismo y el idealismo, lo inmanente y lo trascendente, con el concepto de “yo soy yo y mi circunstancia” y más adelante con el de la “razón vital”. Para él, esta última no parte “de ninguna idea y por eso no es idealismo”.²² En otro ensayo aclaraba: “vida es lo que hacemos —claro— porque vivir es saber lo que hacemos, es —en suma— encontrarse a sí mismo en el mundo y ocupado con las cosas y seres del mundo”.²³ Nada de utopías o ideologías o conceptos del más allá (religión secularizada). Por lo tanto, Ortega no podía tolerar de buen grado que América se concibiera como utopía ni que, en tal caso, Reyes lo acusara de haber caído seducido por las sirenas de Buenos Aires. Ocho años después de aquel comentario del mexicano, el español le expresó su molestia en una carta del 21 de enero de 1926, deslizándole cierto defecto común que hallaba entre los escritores hispanoamericanos:

Cierto irremediable narcisismo les hace evitar aquel mínimo de docilidad a la estructura del tema o persona, sin el cual el juicio es inevitablemente falso. No porque lo que se dice de la cosa o persona carezca, tal vez, de exactitud sino porque se dice solo lo inesencial [*sic*], lo anecdótico, lo que divierte decir al escritor, con lo cual resulta sin remedio un error en perspectiva y un dibujo caprichoso. Recordará usted que cuando tuvo usted la amabilidad de escribir algo sobre mí después de mi viaje a la Argentina yo me atreví a hacerle algunas observaciones. Han

²² José Ortega y Gasset, “Apuntes sobre el pensamiento, su teúrgia y demiurgia”, en *Obras completas*, t. V, Madrid, Alianza-Revista de Occidente, 1983, p. 546.

²³ José Ortega y Gasset, “¿Qué es la filosofía?”, en *Obras completas*, t. VII, pp. 415.

pasado algunos años y sigo pensando que estas eran justas. Sigo pensando que habría que decir sobre mí muchas, muchas cosas favorables y adversas antes de conquistarse el derecho de mentar, por ejemplo, las sirenas de Buenos Aires.²⁴

Lo cierto es que, diez años después, Reyes también cayó seducido por el canto de las sirenas porteñas. El 10 de enero de 1930, siendo embajador en Argentina, le escribió a Ortega contándole su desilusión del mundillo literario porteño.²⁵ Le contó también la impresión que había causado entre los intelectuales el sexto tomo de *El Espectador* (1929), en el que el ensayista español criticó el hecho de que la pampa argentina siguiera siendo una promesa, una utopía entre los argentinos:

La Pampa promete, promete, promete... Hace desde el horizonte inagotables ademanes de abundancia y concesión. Todo vive aquí de lejanías —y desde lejanías. Casi nadie está donde está, sino por delante de sí mismo, muy adelante en el horizonte de sí mismo y desde allí gobierna y ejecuta su vida de aquí, la real, la presente y efectiva. La forma de existencia del argentino es lo que yo llamaría el futurismo concreto de cada cual.

²⁴ Sebastián Pineda Buitrago, ed., "Órbitas en pugna: José Ortega y Gasset-Alfonso Reyes. Epistolario (1915-1955), Primera parte", *Revista de Estudios Orteguianos*, núm. 32 (mayo, 2016), pp. 79-80. Quizás aquí aflore una de las diferencias esenciales entre la prosa de Reyes y la de Ortega: no el narcisismo (del cual el español abusaba más que el mexicano) ni tampoco el afán estético o literario, sino el tono: mientras el de Ortega dirige sus sonoridades y recursos expresivos sin chistar y con cierto aire de catedrático, el de Reyes se complace y se deleita en exhibir sus recursos expresivos. A la luz de la "literatura pura", el estilo del mexicano puede ser más exitoso. A la luz de la pedagogía, sin embargo, Reyes no se tomó lo suficientemente en serio como autoridad intelectual.

²⁵ Sebastián Pineda Buitrago, ed., "Órbitas en pugna: José Ortega y Gasset-Alfonso Reyes. Epistolario (1915-1955), Segunda parte", *Revista de Estudios Orteguianos*, núm. 33 (noviembre, 2016), pp. 47-53. Esta carta ha sido reproducida de manera íntegra por Carlos García, ed., en *Discreta efusión. Alfonso Reyes-Jorge Luis Borges 1923-1959. Correspondencia y crónica de una amistad*, Madrid, Iberoamericana-Vervuert, 2010, pp. 215-225.

No es el futurismo genérico de un ideal común, de una utopía colectiva, sino que cada cual vive desde sus ilusiones como si ellas fuesen ya la realidad.²⁶

Ortega volvió a retomar esta idea en la segunda parte de su ensayo *La rebelión de las masas*, “¿Quién manda en el mundo?”, admitiendo que mandaba quien diseñara un futuro común (¿una utopía?) y no un pasado en común a la manera de los filólogos. Por tal razón, según él, España y los países hispanoamericanos no conforman una nación. Hace falta entre ellos, no solo un pasado, sino un futuro en común:

Con los pueblos de Centro y Sudamérica tiene España un pasado común, raza común, lenguaje común, y, sin embargo, no forma con ellos una nación. ¿Por qué? Falta sólo una cosa que, por lo visto, es lo esencial: el futuro común. España no supo inventar un programa de porvenir colectivo que atrajese a esos grupos zoológicamente afines. El plebiscito futurista fue adverso a España, y nada valieron entonces los archivos, las memorias, los antepasados, la “patria”.²⁷

¿Manda entonces en el mundo quien llame, no a la *tradicción*, sino a la *ruptura* y a la *revolución*? España y México constituían, antes de convertirse en “naciones modernas”, parte fundamental del imperio español —la primera como metrópoli y la segunda como el virreinato más importante—, imperio que se fue al traste tras la invasión napoleónica (1808). Durante todo el siglo XIX ambas naciones sufrieron procesos similares —invasiones, guerras civiles, cambios de régimen— para alcanzar ese aparente “Estado” moderno concebido por la Revolución francesa. Tal proceso modernizador mostraba enormes defectos al inicio del siglo XX: España seguía siendo gobernada por una monarquía

²⁶ José Ortega y Gasset, “Pampa... promesas”, *Intimidades, El Espectador VI*, ed. de J. L. Molinuevo, Madrid, EDAF, 1998, pp. 257-258.

²⁷ José Ortega y Gasset, *La rebelión de las masas*, pp. 199-200.

constitucional y México por un presidente dictador de estirpe liberal.

Si se quería alcanzar la modernidad o seguir una utopía, por lo tanto, Ortega llamó a una crítica radical del progreso. No por ello, sin embargo, Ortega está más cercano del pensamiento tradicionalista a pesar de que él y sus seguidores pensarán lo contrario. Tal vez a él y a Reyes les faltó hacer una mayor crítica del liberalismo. Porque no deja de antojarse profética la imagen que en 1851 dibujó el politólogo español Donoso Cortés en el octavo capítulo de su *Ensayo sobre el catolicismo, el liberalismo y el socialismo*. Para él, que había presenciado las revueltas parisinas de 1848, el liberalismo era un bajel a la deriva que se estrellaba contra los escollos socialistas si no se dirigía al puerto católico.²⁸ El éxito de los liberales, añadía Donoso, consiste en que nunca *afirman* ni *niegan* nada, pues su supremo interés está en que no llegue el día de las negaciones radicales o de las afirmaciones soberanas. Ese día, sin embargo, llegó para Reyes y Ortega. Al mexicano, en especial, le tocó experimentar de primera mano cómo dos gobiernos “liberales”, tanto el de Porfirio Díaz como el de Francisco I. Madero, chocaron contra los escollos socialistas, es decir, contra una revolución campesina cuyo fragor arrasó con la vida de su padre y a él mismo lo condenó a un exilio prologando.²⁹

²⁸ Juan Donoso Cortés, *Ensayo sobre el catolicismo, el liberalismo y el socialismo*, Madrid, Espasa-Calpe, 1973, p. 122.

²⁹ Reyes hizo extensiva la identificación con Eneas al naufragio o exilio que también padecieron sus amigos del Ateneo de la Juventud. La idea pareció dársela Julio Torri, a juzgar por una carta del 24 de diciembre de 1913 en que le sugirió la metáfora del naufragio: “todos nos hemos salvado en tablas distintas”. Reyes la retomó en el último texto de *El suicida*: “Cada cual, asido a su tabla, se ha salvado como ha podido: y ahora los amigos dispersos, en Cuba o Nueva York, Madrid o París, Lima o Buenos Aires —y otro desde el mismo México—, renuevan las aventuras de Eneas, salvando en el seno los dioses de la patria”, Alfonso Reyes, “Dedicatoria”, en *El suicida, Obras completas*, t. III, p. 302.

En su libro de ensayos *Tentativas y orientaciones* (1937), escrito a partir de sus conferencias como embajador en Brasil y Argentina, Reyes siguió hablando de la “utopía americana”. La ocasión se mostraba propicia, ya que Europa estaba *ad portas* de la Segunda Guerra Mundial. El primer mundo (concepto éste que aún no se usaba para la época de Reyes) parecía en decadencia. En *La rebelión de las masas*, publicado por esos mismos años, Ortega negó la agonía espiritual de Europa. Es cierto que Europa no tenía un ambicioso plan a futuro como el de la Unión Soviética o el de Estados Unidos, pero Ortega insistía en que el modelo de uno y otro eran copias europeas: Rusia asumía el *marxismo*, mientras Norteamérica proclamaba la *técnica*.

Ortega, pensador anti-utópico, se inclinaba naturalmente por la fuerza de la tradición y reclamaba el papel de Europa —especialmente de la trinidad de Inglaterra, Alemania y Francia— como centro del mundo. “Tener historia es tener merecimientos...”, ya se lo había dicho Reyes desde 1917 en la reseña de su viaje a Argentina, precisamente para que el español manifestara un mayor interés hacia México. Sin embargo, Ortega continuó cometiendo el error de meter en el concepto de América, sin matices, a un mexicano y a un argentino y aun hasta un estadounidense bajo el mote de “pueblos jóvenes”. Por venir de un “pueblo joven”, según Ortega, Reyes acusaba cierta tendencia a la solemnidad, pues no a otro, sino a un “americano”, se le hubiera ocurrido homenajear al poeta francés Stéphane Mallarmé con cinco minutos de silencio en el Jardín Botánico de Madrid:

La idea de este silencio es de Alfonso Reyes... A ningún español se nos hubiera ocurrido esto. A los españoles nos avergüenza toda solemnidad, nos ruboriza. ¿Por qué? Pueblo viejo. Tenemos en el alma centurias de solemnidades; éstas han perdido ya la frescura de sentido y nos hemos acostumbrado a pensar

que son falsas y desvirtuadas. Alfonso Reyes es americano. Alfonso, nombre de reyes..., es americano. Pueblo joven.³⁰

El también español José Bergamín, al conocer la opinión de Ortega sobre Reyes, acusó al primero, en un aforismo de su libro *El cohete y la estrella* (1923), de ser viejo como el mundo, “gastado y estropeado”.³¹ Considerar a un mexicano originario de un “pueblo joven”, cuando en México persisten razas y hay huellas de civilizaciones milenarias, no es sino una concepción *hegeliana* de la historia, tanto más si se recuerda el famoso ensayo “Hegel y América”, que Ortega publicó en 1930 en el séptimo tomo de *El Espectador VII*.³²

FRENTE A LA REPÚBLICA ESPAÑOLA: MOTIVO DE LA DISCORDIA

Ortega, al estallar la Guerra Civil en 1936, tras apoyar y posteriormente alejarse de Manuel Azaña y del bando republicano, se exilió de España. Para 1947 residía la mayor parte del tiempo en Lisboa y pasaba los veranos en San Sebastián, guardando silencio sobre la dictadura franquista. El 15 de septiembre de 1947, de visita en San Sebastián, el periodista

³⁰ José Ortega y Gasset, “El silencio por Mallarmé”, en *Obras completas IV*, Madrid, Revista de Occidente, 1958, p. 481. (La nota salió originalmente en el primer número de la *Revista de Occidente*, noviembre de 1923). Efectivamente, en el otoño de 1923 —el 14 de octubre— Reyes logró reunir y hasta fotografiar juntos a Ortega y Eugenio D’Ors (dos grandes ensayistas españoles), junto con José María Chacón y Calvo, Enrique Díez-Canedo, José Moreno Villa y José Bergamín.

³¹ Citado por Jordi Gracia, *op. cit.*, p. 332.

³² Al comentar este ensayo de Ortega en 1991 el pensador colombiano Danilo Cruz Vélez, alumno de Heidegger y traductor de textos alemanes, advirtió cierta distorsión de la idea hegeliana de América a causa de que Ortega sentía el desdén de un viejo europeo frente a un mundo que nace. Véase de Cruz Vélez, “Ortega y nosotros”, en *Tabula rasa*, Bogotá, Planeta, 1991, pp. 79-99.

mexicano Armando Chávez Camacho publicó en *El Universal* una entrevista con José Ortega y Gasset titulada “La verdad sobre España”. Según contaba al principio de su nota, Chávez Camacho tomó un taxi que lo llevó por la carretera de Irún hasta Ategorrieta, donde Ortega rentaba a menudo un caserón. El mayordomo le dijo que el filósofo no estaba en ese momento. Chávez Camacho le dejó un recado. Horas después, Ortega lo llamó al hotel. Aceptaba la entrevista, con tal de que no se hablara de política. Casi toda la entrevista, sin embargo, está embadurnada de política. “¿Cómo mira el mundo, maestro?”, es la primera pregunta. Otras veces el propio Ortega se formula las preguntas y las respuestas: “Vendrá la unidad europea, no tenga usted la menor duda [...] la unidad europea será económica, por lo pronto”. Incapaz de preguntarle sobre filosofía o literatura, Chávez Camacho fue conduciendo la conversación por un terreno *resbaladizo*. Con tirria le preguntó sobre su experiencia personal durante la Guerra Civil española: “¿Y cómo lo dejaron ir los rojos?” A lo que Ortega le contestó que ignoraba quiénes lo hubieran matado, si los rojos o los blancos, “pero si me quedo, me matan”. No contento con preguntarle sobre España, Chávez Camacho pasó a preguntarle sobre México:

- ¿Tiene amigos en México?
- Tenía. Como Alfonso Reyes.
- Pues, ¿qué le ha hecho Alfonso Reyes, maestro?
- Nada concreto ni personal. Pero ha hecho tal porción de tonterías...
- ¿Cómo cuáles, maestro?
- Un ademán de disgusto y desprecio es rubricado con estas palabras:
- *Gesticillos de aldea*.³³

³³ Armando Chávez Camacho, “La verdad sobre España”, *El Universal*, México, 15 de septiembre de 1947. Las cursivas son mías. Reproducido en Armando

¿Por qué Ortega dijo que ya no era amigo de Reyes? ¿De qué “porción de tonterías” y “gestecillos de aldea” había dado muestras Reyes? Ortega no aclaró nada en la entrevista. El periodista mexicano, por su parte, tampoco se preocupó por indagar más al respecto. La entrevista finalizó con el apunte de que Ortega se levantaba desde las cuatro y media de la madrugada a leer y escribir. Tal comentario contra Reyes, una vez que se leyó en México, despertó de inmediato la indignación de los intelectuales españoles de la República. José Gaos, antiguo alumno de Ortega y ex rector de la Universidad de Madrid, publicó en el periódico *El Nacional*, el 22 de septiembre de 1947, una “Carta abierta a Alfonso Reyes”. En ella, lamentando la actitud de Ortega, defendió a Reyes. Juan Larrea, Eduardo Nicol y hasta Leopoldo Zea (este último ya de origen mexicano), entre el 10 y el 13 de octubre del mismo año, publicaron también en *El Nacional* una serie de opiniones contra la actitud de Ortega. Reyes, entre tanto, guardó silencio. No hizo ninguna declaración pública. Pero el 15 de septiembre de 1947 —fecha de la entrevista— anotó en su *Diario*:

Vino Juan David García Bacca a traerme su Jenofonte, y le muestro los desatinos y tonterías de Ortega y Gasset en *El Universal* de hoy contra mí. Se puso iracundo y me dijo: “¡Que no venga, que le puede costar caro entre nosotros, los españoles de México, que todo se lo debemos a usted!”³⁴

Un día después, el 16 de septiembre de 1947, Reyes confesó en su diario lo mucho que lo había afectado el comen-

Chávez Camacho, *Misión en España*, México, JUS, 1948, pp. 231-240. Citado también por Carlos García, “Reyes y Ortega: nuevas huellas de un largo malentendido”, *Revista de la Universidad de México*, núm. 595 (agosto, 2000), pp. 72-74. Anexado también por Sebastián Pineda Buitrago, ed., “Órbitas en pugna... II”, *REO* (nov. 2016), pp. 73-78.

³⁴ Alfonso Reyes, *Diario IV* (1945-1951), ed. de Víctor Díaz Arciniega, México, FCE, 2013, p. 145.

tario de Ortega al punto de no poder dormir. Anotó la posibilidad de escribir una historia de la amistad mutua, pero escogió redactar una carta privada a Ortega. La carta, en efecto, tiene fecha del 17 de septiembre de 1947. En ella, Reyes le dijo a Ortega que tales palabras contra él, en cuanto hacía en México “gestecillos de aldea”, él las creía obra del entrevistador y no del entrevistado:

José:

Vea usted lo que ha publicado ese corresponsal que ha ido a sorprenderlo a usted. Él mismo declara que usted puso, para recibirlo, la condición de no hablar de ciertas cosas; que él meditó y fijó por escrito sus preguntas calculadamente; que no tomaba notas para que usted no suspendiera la entrevista, y que ¿qué iría usted a pensar si se figurara que él iba a contar cuanto usted le decía?

Por eso, y por la incalificable injusticia de las palabras que sobre mí le atribuye, no quiero tomarlo en cuenta. No quiero, aun cuando a usted se le hayan podido escapar en su actual situación de amargura.³⁵

Ortega nunca aclaró si sí había dicho o no estas palabras. Nunca le respondió a Reyes. El 18 de octubre de 1955 murió en Madrid llevándose el secreto a la tumba. Lo cierto es que no era la primera vez que Ortega usaba el término “gestecillos de aldea”. Desde 1917, en el prólogo para el segundo tomo de *El Espectador*, Ortega utilizó el adjetivo “aldeano” para calificar cierta actitud del escritor de lengua española que animaba los nacionalismos en turno. Con todo, conviene detenernos en el periodista de *El Universal*, Armando Chávez Camacho.

La entrevista que le realizó a Ortega constituyó una de las partes de su libro *Misión en España* (editorial Jus, México, 1948). En él, Chávez Camacho es el del perfecto agente

³⁵ Sebastián Pineda Buitrago, ed., “Órbitas en pugna... II”, *REO* (nov. 2016), p. 69.

diplomático. Uno se queda asombrado de que incluyera en su mismo libro, *Misión en España*, una entrevista con el mismísimo Franco y otra con el presidente de la República Española en el exilio, Diego Martínez Barrio, cuya oficina se encontraba alojada en la embajada de México en París. Al dictador español incluso le llegó a preguntar su opinión sobre México, a lo que Franco le contestó: “Nosotros queremos mucho a México y a los mexicanos. Nunca hemos confundido las actitudes de algunos gobiernos con la opinión pública de los países”.³⁶ ¿Se refería Franco a la actitud del gobierno de Lázaro Cárdenas?

Chávez Camacho aclaró en varios puntos de su libro que él era una suerte de enviado especial del presidente Miguel Alemán. Ello deja en evidencia que todo gobierno tiene dos o tres cartas bajo la mesa. Le ora a Dios y le reza al diablo. El Estado mexicano protegió o asiló a los republicanos españoles en el exilio, sí, pero no se enemistó con los franquistas ni perdió influencia en España. Siguió a su manera la política de los Aliados: dejar a Franco tranquilo, a pesar de sus simpatías con el nazismo alemán, para evitar el avance del comunismo soviético durante la posguerra o Guerra Fría. Semejante juego a tres bandas incluso se presentó en el mismo seno familiar de Alfonso Reyes. En 1949, sin ir más lejos, su hermano mayor Rodolfo Reyes publicó el tercer tomo de sus memorias, *La bi-revolución española*, y en el capítulo XIX, “Los primeros encuentros”, criticó duramente la actitud del gobierno de la República española. Recordó que luego de conocerse, el sábado 17 de julio de 1936, que el ejército de África se rebelaba:

³⁶ Armando Chávez Camacho, *op. cit.*, p. 440. [También en 1948, Chávez Camacho publicó *Cajeme: novela de indios*. En ella, cuenta la historia de los indios yaquis en el norte de México y la persecución de los generales porfiristas, como el padre de Reyes, el general Bernardo. En 1952, Armando Chávez Camacho se convirtió en director de *El Universal*].

el gobierno enloqueció positivamente: primero Casares Quiroga, empujado según se dice por [Francisco] Largo Caballero, cometió el acto vesánico de repartir las armas a boleo en todas las capitales [...]. El instinto de la muchedumbre, tan apto para el odio y la destrucción, entendió la consigna; formar batallones, someterse, ir a la guerra, sería cosa de ver; pero matar, robar, arrastrar al dolor a todas las clases sociales directoras y burguesas, apoderarse de todo lo que no se tuvo, era programa que podía cumplirse y se cumplía desde luego. ¡Y de qué modo! ¡La responsabilidad de los llamados gobernantes que hicieron eso supera a todo calificativo y los condena sin atenuantes posibles!³⁷

Este juicio sobre la actitud del gobierno republicano español ante el alzamiento de Franco, que con tanto rigor condenó Rodolfo Reyes, lo tuvo también Ortega en “Epílogo para ingleses” (1937) de *La rebelión de las masas*. Lo formuló para acusar de superficiales y planos a los periodistas británicos que, desconociendo la realidad española, se inclinaron por el bando republicano y auparon la propaganda mundial para que voluntarios entusiastas de medio mundo viniera a luchar por el Frente Popular:

Mientras en Madrid los comunistas y sus afines obligaban, bajo las más graves amenazas, a escritores y profesores a firmar ma-

³⁷ Rodolfo Reyes, *La bi-revolución española*, Madrid, Biblioteca Nueva, 1949, pp. 137-138. Rodolfo aclara en una nota de a pie de página final que sus hijos, es decir, los sobrinos de Alfonso Reyes, formaron parte de la Falange: “Sería insincero y resultaría hipócrita, si no confirmara en estas páginas la realidad de motivos de mayor vinculación que me han unido a la España nacional en la Bi-revolución de la que me he ocupado, aparte de lo que deriva de la conducta de cada uno de los bandos. En efecto, dos de mis hijos, libres de su pensamiento y su conducta como cabe a un hombre de mi formación liberal, fueron de los primeros que con, y aún antes de José Antonio Primo de Rivera uno de ellos, levantaron bandera en el campo nacional. El abogado Roberto fue de la primera Falange [...]. El menor, Fernando, sufrió persecuciones desde 1934, siendo el primer preso de Falange en Madrid, se batió en el primer día en el Cuartel de la Montaña, se salvó milagrosamente de la matanza de la cárcel modelo en agosto del 36 [...] se enroló como voluntario en el Ejército Nacional”, Rodolfo Reyes, *ibid.*, p. 550.

nifistos, a hablar por radio, etcétera, cómodamente sentados en sus despachos o en sus clubs, exentos de toda presión, algunos de los principales escritores ingleses firmaban otro manifiesto donde se garantizaba que esos comunistas y sus afines eran los defensores de la libertad [...] he aquí otro ejemplo más general. Hace poco, el Congreso del Partido Laborista rechazó, por 2,100.000 votos contra 300.000, la unión con los comunistas, es decir, la formación en Inglaterra de un Frente Popular.³⁸

Volvemos a un punto central en el pensamiento orteguiano: la crítica radical contra las utopías. Preguntémonos, para concluir, si la crítica de Ortega contra los intelectuales ingleses con respecto a la Guerra Civil española, no pudo extenderla a la actitud de Reyes y el gobierno mexicano de Lázaro Cárdenas en México.

CONCLUSIONES

Tanto Reyes como Ortega nacieron y crecieron en el “corazón del Estado” de sus respectivos países. A juzgar por sus orígenes familiares, ambos ensayistas gozaron —si ello puede significar un goce— de la clásica formación liberal del siglo XIX: positivismo, republicanismos y laicidad. Ambos padecieron, a su vez, del exceso de esa formación demagógica de sus antecesores, que iba desde una adoración a la constitución y a las leyes —la religión civil— hasta casi un *sacrificio* por el Estado-nación. Desde muy jóvenes, los dos ensayistas reclamaron un mayor compromiso por la cultura como fuerza autónoma. No pudieron, sin embargo, despojarse del todo de los mitos políticos decimonónicos.³⁹

³⁸ José Ortega y Gasset, *La rebelión de las masas*, pp. 247-250.

³⁹ Alfonso Reyes, en especial, ocultó un *culto* por el *Essai sur l'inégalité des races humaines* (1853-1855), de Gobineau. Se opuso, en sus informes diplomáticos, a la política indigenista y le recomendó al gobierno mexicano prescindir de la migración asiática: “los orientales solo cuentan en el mundo

La ruptura entre Ortega y Reyes acaso pueda aclararse mejor si consulta un artículo del mexicano, publicado en abril de 1939 en la revista *Futuro*, en torno a la Guerra Civil española. Tal artículo Reyes nunca lo recogió en sus *Obras completas*, puesto que se lo habían publicado y mutilado con frases que él no había dicho, según lo anotó en letra manuscrita en el archivo que se conserva en la Capilla Alfonsina.⁴⁰ Reyes, sin embargo, nunca aclaró qué frases le mutilaron y qué frases le habían incluido sin su permiso.

Probablemente, puesto a incursionar en un terreno resbaladizo, sospecho que pudo ser aquella frase de poco cuño alfonsino: “¡A ver quién no distingue entre el que envía al combatiente un mendrugo de pan y el que destaca sobre sus tierras ejércitos enteros, con miras políticas definidas en la casa ajena!”⁴¹ Imaginemos que Reyes lo hubiera escrito tal cual. Sería explicable porque vio de lejos, desde Buenos Aires, el desarrollo de la Guerra Civil española, y sus fuentes eran ante todo las de las agencias de noticias inglesas. Semejante opinión, respecto de que el apoyo internacional al bando republicano se redujo a dar un mendrugo de pan, iba naturalmente en contra de lo *vívidamente* ya relatado tanto por su hermano Rodolfo como por Ortega. Dos años antes de tal artículo publicado en aquella revista obrera mexicana, Reyes ya había escrito publicado en Buenos Aires su colección de ensayos *Las vísperas de España* (1937), en cuyo prólogo dio a entender que si escritores y artistas de medio mundo se desplazaban hasta allí para defender la causa re-

de hoy en la medida en que han logrado ‘desorientalizarse’; ¿se espera combatir el semisueño de aquel u otro autóctono mexicano cruzándolo con el mismo entorpecimiento?”, tomado de Paulette Patout, *op. cit.*, p. 482. Reyes por supuesto recomendaba la migración de obreros alemanes y, a pesar de los defectos, de la raza española, “que ha producido repúblicas de una vida autónoma y civilizada”.

⁴⁰ Véase de Alberto Enríquez Perea, comp., *En la Casa de España en México* (1939-1949), México, El Colegio Nacional, 2005, pp. 18-20.

⁴¹ *Ibid.*, p. 19.

publicana en medio de la Guerra Civil; ¿cómo no poner a esa España como sinónimo de *vanguardia*?⁴²

Dos años después, bajo el régimen franquista, nada de vanguardia ya arrojaba la imagen de España y no lo haría, por lo menos, hasta la *movida madrileña* a mediados de 1980 en medio de la transición democrática. El tono político-profético hacia una España “nueva” (¿republicana?) que Reyes tuvo en 1937, pues, ya nada significaba tres años después.

Finalmente, a modo de conclusión, reconstruir el diálogo intertextual entre ambos contribuye a completar la historia intelectual de nuestra lengua. El concepto de “Nuestra América”, que nació de un ensayo homónimo que José Martí publicó en la *Revista Ilustrada de Nueva York* el 10 de enero de 1891, debería ser también el de “Nuestra Lengua”, para incluir a España o al componente hispano-europeo sea éste republicano o monárquico. Toda historia intelectual se alimenta de tensiones, de debates y de polémicas. Del *disenso* más que del *consenso*.

BIBLIOGRAFÍA

- BOCKUS APONTE, BÁRBARA, *Alfonso Reyes and Spain. His Dialogue with Unamuno, Valle-Inclán, Ortega y Gasset, Jiménez, and Gómez de la Serna*, Austin & London, University of Texas Press, 1972.
- CRUZ VÉLEZ, DANILO, “Ortega y nosotros”, en *Tabula rasa*, Bogotá, Planeta, 1991, pp. 79-99.
- CHÁVEZ CAMACHO, ARMANDO, “La verdad sobre España”, *El Universal*, México, 15 de septiembre de 1947, reproducido en Armando Chávez Camacho, *Misión en España*, México, Jus, 1948, pp. 231-240.

⁴² Alfonso Reyes, *Las vísperas de España, Obras completas II*, México, FCE, tercera reimpresión, 1996, p. 41-43.

- Donoso CORTÉS, JOSÉ, *Ensayo sobre el catolicismo, el liberalismo y el socialismo*, Madrid, Espasa-Calpe, 1973.
- ENRÍQUEZ PEREA, ALBERTO, comp., *La Casa de España en México (1939-1949)*, México, El Colegio Nacional, 2005, pp. 18-20.
- GARCÍA, CARLOS, “Reyes y Ortega: nuevas huellas de un largo malentendido”, *Revista de la Universidad de México*, núm. 595 (agosto, 2000), pp. 72-74.
- , *Discreta efusión. Alfonso Reyes-Jorge Luis Borges 1923-1959. Correspondencia y crónica de una amistad*, Madrid, Iberoamericana-Vervuert, 2010.
- GARCÍA MORALES, ALFONSO, “Alfonso Reyes en España. Salvaciones del exilio, perdiciones de la diplomacia”, en *Viajeros, diplomáticos y exiliados en España (1914-1939)*, ed. de Carmen de Mora y Alfonso García Morales, vol. 1, Bruselas, Peter Lang, 2012, pp. 111-131.
- GRACIA, JORDI, *José Ortega y Gasset*, Madrid, Taurus, 2014.
- LAGO, ANTONIO, “Ortega y Alfonso Reyes (una relación intelectual con América al fondo)”, *Revista de Occidente*, núm. 264 (2003), pp. 5-16.
- LARA, JUAN JACOBO DE, ed., *Pedro Henríquez Ureña y Alfonso Reyes. Epistolario íntimo (1906-1946)*, t. II y t. III, Santo Domingo, Universidad Nacional Pedro Henríquez Ureña, 1983.
- MENÉNDEZ ALZAMORA, MANUEL, *La generación del 14: una aventura intelectual*, Madrid, Siglo XXI Editores, 2006.
- MORA LOMELÍ, RAÚL, *Présence et activité littéraire de Alfonso Reyes à Madrid (1914-1924)*, thèse pour le doctorat du troisième cycle, présentée à la Faculté des Lettres et Sciences Humaines de l'Université de Paris, 1969.
- MORENO HERRERA, FRANCY LILIANA, “Entre hispanofilia y afinidades latinoamericanas: José Ortega y Gasset y Alfonso Reyes en la revista *Mito*”, *Estudios de Literatura Colombiana*, núm. 36 (enero-junio 2015), pp. 123-144.
- ORTEGA Y GASSET, JOSÉ, *Meditaciones del Quijote (1914)*, ed. de Julián Marías, Madrid, Cátedra, 1998.

- _____, *El Espectador* [1916-1929], en *Obras completas*, t. II y t. VI, Madrid, Alianza-Revista de Occidente, 1983.
- _____, *Obras completas*, t. V, Madrid, Alianza-Revista de Occidente, 1983.
- _____, *Obras completas*, t. IV, Madrid, Revista de Occidente, 1958.
- _____, *Escritos políticos*, t. I, *Obras completas X*, Madrid, Revista de Occidente, 1969.
- _____, *La rebelión de las masas*, Barcelona, Círculo de lectores, 1968.
- PATOUT, PAULETTE, *Alfonso Reyes y Francia*, trad. de Isabel Vericat, México, El Colegio de México-Gobierno del Estado de Nuevo León, 2009.
- PINEDA BUITRAGO, SEBASTIÁN, ed., “Órbitas en pugna: José Ortega y Gasset-Alfonso Reyes. Epistolario (1915-1955). Primera parte”, *Revista de Estudios Orteguianos*, núm. 32 (mayo, 2016) pp. 55-88.
- _____, ed., “Órbitas en pugna: José Ortega y Gasset-Alfonso Reyes. Epistolario (1915-1955). Segunda parte”, *Revista de Estudios Orteguianos*, núm. 32 (noviembre, 2016), pp. 27-90.
- REYES, ALFONSO, *El suicida* (1917), *Obras completas*, t. III, México, FCE, 1997.
- _____, *Simpatías y diferencias* (1921-1923), *Obras completas*, t. IV, México, FCE, 1986.
- _____, *Calendario* (1924), *Las vísperas de España* (1937), *Obras completas*, t. II, México, FCE, 1955.
- _____, *Constancia poética*, *Obras completas*, t. X, México, FCE, 1996, p. 109.
- _____, *Diario IV* (1945-1951), ed. de Víctor Díaz Arciniega, México, FCE, 2013.
- REYES, RODOLFO, *La bi-revolución española*, Madrid, Biblioteca Nueva, 1949.